

»En la primavera, llegan los sirraptés regularmente á horas fijas, para beber en los pozos de agua dulce: aparecen por todas partes; gritan cuando tocan la orilla del agua y sus compañeros les contestan; se posan cerca de aquella en líneas de diez á doce individuos, por lo regular; no se detienen mucho, y al dejar su abrevadero para ir á comer otra vez, dirigen á los terrenos blancos donde ha cristalizado la sal, ó á las pequeñas alturas cubiertas de yerba. No desprecian los retoños jugosos del hinojo marino, se los comen como las avutardas: en la primavera he hallado yo en el estómago de estas aves granos de *salsola*.

»En verano les gusta calentarse al sol: á la manera de las gallinas, forman ligeras depresiones en aquellas eminencias de color gris blanquizo, impregnadas de sal, que bordean el Tarai-nor, en las que crecen plantas salinas. Algunas veces las he observado allí cuando descansaban: comienzan por correr de un lado á otro buscando alimentos, y una vez hartas descansan: esto suele ocurrir hácia las once del día por lo comun. Practican agujeros; se hunden en tierra como las gallinas; mueven su cuerpo á derecha é izquierda y erizan las plumas; luego permanecen muy tranquilas, siendo entonces difícil divisarlas, pues se confunde admirablemente con el tinte del suelo, el color de su plumaje gris amarillo manchado de negro. Si pasa un halcón por encima de los sirraptés, cortando los aires con la celeridad de la flecha, levántanse y desaparecen bien pronto de las miradas del observador y de las del ave de rapiña; su grito de angustia despierta á los demás individuos que les siguen apresuradamente. En un momento se llena el espacio de innumerables y pequeñas bandadas de estas singulares aves; por todas partes se oyen sus gritos; pero están ya lejos antes de poderlas tirar. La tranquilidad, no obstante, renace tan pronto como se produjo la alarma; bajan á tierra, corren tímidamente y vuelven á echarse como antes. Solo de vez en cuando consigue el halcón coger á un individuo, pues su vuelo es mas rápido que el de las palomas; no suelen franquear grandes trayectos á pié; corren con ligereza, pero por poco tiempo.

»Durante el verano viajan á través de las estepas numerosas bandadas de sirraptés, segun he podido ver. En los últimos días de mayo quise ir á las islas de Aral, en el Tarai-nor; comencé á costear este lago, seco á la sazón, y hácia el medio día divisé un sin número de pequeñas bandadas de sirraptés; pero estas aves eran tan desconfiadas, que no me permitieron acercarse. Después de varias é infructuosas tentativas, suspendí mi cacería hasta mas tarde: al ponerse el sol, formaron los sirraptés dos grandes bandadas, compuesta cada una de unos mil individuos á lo menos, las cuales gritaban con todas sus fuerzas. Creí poder sorprenderlos, pero mis maniobras fueron inútiles: no pude acercarme á tiro de fusil, ni á caballo ni rastreando; y después de remontarse y bajar varias veces, abandonaron por fin las orillas del Tarai-nor, dirigiéndose hácia el este, á lo alto de las estepas, donde se posaron en dos puntos que durante el invierno habían servido de parque para los ganados. Aquel sitio estaba cubierto de una espesa capa de estiércol, que ninguna planta había podido atravesar. La oscuridad de la noche me impidió perseguir á las aves, que continuaban gritando; al día siguiente habían desaparecido todas, y en el resto del verano no encontré un solo individuo en Tarai-nor, ni los pastores nómadás las vieron tampoco. Para consolarme me dijeron que esperase al otoño, época en que llegaban mucho mas numerosas aun; pero desgraciadamente no fué así. Sorprendíome en gran manera ver que un ave abandonara tan completamente el país en verano, después de su segunda puesta; aquello era un ejemplo curioso de las costumbres errantes y nómadás de los verdaderos habitantes de las estepas. Hasta

el mes de octubre, época en que había ido á cazar el antílope en el sur de aquellas, y cuando las emigraciones otoñales de las aves habían terminado hácia mucho tiempo, no volví á ver sirraptés, los cuales encontré mas allá del Argun. Volaban en bandadas y se dirigían hácia el norte, en dirección al territorio ruso; pero no las encontré ya mas en las estepas.

»Su nido se reduce á una tosca construcción, semejante á la de las gangas; cubren juntas varias parejas. En los parajes secos impregnados de la sal del Tarai-nor, practican una depresión de unas cinco pulgadas de diámetro, cuyos bordes guarnecen á veces con tallos de yerbas y de *salsosa*. La hembra pone cuatro huevos, parecidos á los de las gangas: son elípticos, y con frecuencia tienen una extremidad menos redondeada que la otra; su color varia del gris pardusco sucio, que es el tinte mas comun, al gris verdoso claro, sobre cuyo fondo se destacan manchitas de un pardo color de tierra.»

Hé aquí lo que refiere Radde: un año después de la publicación de su obra, enriquecieron nuestros conocimientos respecto á las costumbres de esta ave, merced á una serie de felices circunstancias. En 1860, Schlegel y Moore anunciaron la presencia de algunos sirraptés aislados en la Europa central: se mataron algunos individuos en los médanos de Holanda é Inglaterra; y si Collet no fué mal informado, observó en 1861 una bandada de catorce á quince sirraptés cerca de Mandal, en Noruega. Como se creyó que estas aves se habían extraviado, dióse poca importancia á su aparición; pero en el otoño del mismo año, reprodujose un hecho análogo, segun Swinhoe, en el norte de la China. No se trataba allí de individuos aislados, sino de una misma bandada que se fijó entre Pekin y Tientsin: los chinos cazaron con ardimiento aquellas aves, á las que conocían con el nombre de *satschi*, ó *gallinas de las arenas*, y refirieron á Swinhoe que las cogían á menudo con redes ó las mataban con escopetas de chispa. Después de un gran nevasco, la caza fué tan abundante, que el mercado de Tientsin se llenó de sirraptés. Sin embargo, mostrábase estas aves muy tímidas cuando estaban en tierra, y al volar pasaban á menudo á poca distancia de los cazadores. Los chinos sabían que los sirraptés son originarios de las llanuras de Tartaria, mas allá de la gran muralla.

No pondré en tela de juicio si han venido á Europa, antes de 1863, otros sirraptés que los observados; el hecho es probable, y aun diré que no me parece imposible que algunos de aquellos individuos volvieran á su país é indicaran á sus compañeros el camino que acababan de descubrir. Lo cierto es, que se han observado varias veces estas aves en nuestro continente, antes de su gran emigración de 1863. En el trascurso de este año apareció en Europa una bandada muy numerosa de sirraptés, y recorrió todos los países del norte; se podía determinar casi la ruta que siguió, y si en el sudeste de Europa se la hubiera observado con tanta atención como en Francia, Alemania, Holanda é Inglaterra, sería dado trazarla con toda exactitud. Se han observado los sirraptés paradójicos desde Brody, en Galitzia, hasta Naran, en la costa occidental de Irlanda; y desde Biscarola, en el mediodía de Francia, hasta Torshaw, en las islas de Feroe. Estas aves aparecieron el 6 de mayo en Sokolnitz (Moravia); el 14 en Tüchel (Prusia occidental); el 17 en Polkwitz (Silesia); el 20 en Wochlau (Ducado de Anhalt); el mismo día en Laaland; el 21 en Helgoland y en la costa de Northumberland; el 22 en Borkum, en el Staffordshire y la costa de Lancashire; y en los últimos días de mayo en las islas Feroe. Así, pues, se ha podido señalar la dirección del viaje; y las épocas observadas convienen perfectamente con la facilidad del vuelo de

los sirraptés. De estos hechos se ha sacado una conclusión, algo atrevida en verdad, pero justificable, y es la siguiente: los sirraptés abandonaron la Mongolia, formando una gran bandada, y continuaron su camino en la dirección que acabamos de indicar; pero como su viaje coincidía con la época del celo, algunos pequeños grupos se destacaron del principal, siguieron direcciones que se apartaban de la gran masa de las aves, ó bien se detuvieron en puntos que les convenían. Otros llegarían á la costa, y volvieron al interior del país. Uno de los pocos ornitólogos que saben comprender la vida animal, Altum, tuvo la suerte de observar repetidas veces estas aves en su viaje, ampliando sus propias experiencias con otras noticias.

Los sirraptés aparecieron en Borkum el 21 de mayo, en reducidos grupos de dos á doce individuos; desde el 23 de junio al 1.º de julio no se vió ya ninguno, y después de esta época se presentaron en grandes bandadas. Altum y Droste vieron aun cuatro individuos el 8 de agosto, reconociendo al punto que eran aves distintas de todas las demás de ribera. Estos cuatro sirraptés volaban con ligereza suma, batiendo rápidamente las alas, y al propio tiempo emitían el grito *quick quick quick*, algo semejante al del pequeño pluvial de collar. Habiéndose posado, Droste procuró acercarse á ellos: al llegar á unos cien pasos de distancia, vió una gran bandada de aves, que aun no conocía, inmóviles y oprimidas unas contra otras; hubiérase creído que eran pluviales dorados, á no distinguirse por la posición mas horizontal de su cuerpo. El cazador no pudo aproximarse mas que á doscientos pasos, pues de repente echaron á volar los sirraptés, produciendo un sonoro frotamiento de alas, y lanzando los gritos *koeckerick*, que se confunden desordenadamente cuando los emiten todos á la vez. Aquellas aves rasaban casi la superficie de la arena, como una bandada de palomas que vuelven de los campos; formaban una larga línea; cortaban el aire con mucha rapidez, y remontábase y descendían, trazando una línea ligeramente ondulada.

El sitio de la playa donde se habían posado los sirraptés, parecía ser para ellos un lugar predilecto: buscaban principalmente los sitios donde crecía el *schoberia maritima*, cuyos granos les agradan mucho; elegían siempre para posarse los lugares descubiertos, sobre todo cuando en las inmediaciones abundaba dicha planta, y se comían los granos y las hojas lo mismo que las gallinas. En el buche de varios individuos no encontré Altum sino granos de la gramínea *poa distans*, mezclados con cápsulas verdes del *lepigonum maritimum*; el buche no estaba distendido apenas sino por los alimentos; los granos de arena eran poco numerosos, si bien aparecían en gran cantidad en la molleja.

Poco después de su infructuosa caza, Droste encontró un sirrapté aislado, en una hondonada de unas cien fanegas de extensión, rodeada de médanos por todas partes. Aquel individuo era mucho menos tímido que toda la bandada reunida: cuando el cazador llegó al sitio, el ave corría y la pudo ver; pero si se paraba era muy difícil distinguirla, por lo mucho que se confundía el color de su plumaje con el de la arena.

Solamente los individuos dispersos se elevaban á mucha altura; mientras que las bandadas reunidas pasaban cuando mas á diez metros sobre el suelo. Si se les ahuyentaba volaban á poca altura de la playa, cruzando los valles formados por los médanos, hasta que desaparecían en el horizonte; pero á menudo volvían, y posábanse en el mismo sitio cuando se habían alejado todos los objetos ó personas sospechosas. Si no les parecía estar seguros alejábanse otra vez para reposar en otro de sus lugares favoritos. Cuando un milano de los pantanos se precipitaba sobre una bandada, esta se dividía para dejar paso á la rapaz. Si el mar estaba tranquilo llama-

ban la atención á mucha distancia por sus continuos gritos y sonoros *koeckerick* ó *koeki, koeki, koeki*. Las formas que el ave presentaba durante su vuelo eran por lo demás tan particulares, que no se la hubiera podido confundir con ninguna otra especie.

En aquella playa, rodeada de altozanos, se solía encontrar á estas aves hasta eso de las nueve de la mañana. Ya hemos dicho que parecen preferir ciertos parajes á los que vuelven con regularidad: si no veían nada sospechoso, permanecían echadas comunmente de lado, de dos en dos ó varias juntas; entre las diez y las once recorrían la playa para buscar los botones y granos de que se alimentaban; después de posarse, manteníanse inmóviles unos cinco minutos y examinaban los alrededores. Luego comenzaban á comer, corriendo por la arena, siempre en la misma dirección; algunos pequeños grupos se destacaban por los lados, quedándose atrás; pero sin apartarse nunca mucho del grueso de la bandada. Otros individuos aislados se adelantaban á ellos y parecían servir de centinelas. Cierta día se ocultó Droste detrás de un montecillo de arena de unos diez piés de altura, á fin de observar la bandada; una de aquellas aves le vió, corrió al momento á una pequeña eminencia, y levantando la cabeza, lanzó un sonoro grito *koeckerick*; en el mismo instante, toda la bandada oprimió sus filas, permaneciendo inmóvil. Droste hizo fuego, y aquella voló; pero el viejo macho que había advertido á sus compañeros, no se alejó hasta que el cazador se hubo puesto de pié.

Cuando los sirraptés corren, emiten un breve grito que se puede expresar por *koek koek*; si dos individuos se acercan mucho uno á otro, levantan las alas, bajan la cabeza, toman una postura amenazadora y gritan vivamente *kikrikrik*; en seguida precipitanse uno contra otro, saltan por el aire, y al instante se levantan también algunas de las demás aves cual si temiesen un peligro, pero no tardan en posarse de nuevo. Hácia el medio día se dirigen todos hácia los médanos secos y cálidos á fin de bañarse en la arena: allí tienen también sus parajes favoritos, que son los puntos arenosos y desiertos, donde la tempestad ha destruido toda vegetación. Una vez se vió á trece sirraptés posarse sobre un médano; apuntóse en aquella dirección un largo anteojo, en el mismo instante, y al cabo de largo tiempo no se pudo divisar mas que un individuo, y aun este por casualidad. A cuarenta pasos es muy difícil ver á estas aves, y á los doscientos imposible, aunque se sepa el sitio exacto donde se acaban de posar cincuenta individuos. Al principio de estar en el país eran estas aves poco tímidas; pero bien pronto cobraron desconfianza, á causa de la persecución que sufrían y no consiguieron sorprenderlas ni aun los mas diestros cazadores.

Después de haber estado cinco meses en Borkum, desaparecieron los sirraptés poco á poco: el 1.º de octubre se pudieron contar aun cincuenta y cuatro con el auxilio de un largo anteojo; el día 10 nada mas que ocho; el 12 cinco y el 13 dos, que fueron los últimos. Hácia la misma época se vieron todavía algunos en el interior de Alemania, en Oldemburgo segun Altum, y segun mis propias observaciones en los alrededores de Hamburgo. No habían desaparecido, sin embargo, completamente, como supuso Altum, pues al año siguiente volvieron á verse: en junio de 1864 fueron observados en las inmediaciones de Plauen, y á fines de octubre del mismo año, cerca de Wreschen, en la provincia de Posen. Hácia la misma época se presentaron también en los alrededores de Hamburgo, siendo probable que, como en 1863, hubieran anidado en la Jutlandia y en las islas Danesas. Por desgracia no pude observar á los de Hamburgo; pero Reinhardt estudió los que se establecieron en Dinamarca: los primeros huevos fueron hallados poco después de la lle-

gada de estas aves, y el citado naturalista recibió el día 6 de junio, de los cuales había tres en un solo nido. Según cierto autor, uno de los cazadores halló dos nidos; otro un tercero; el macho y la hembra de uno de ellos fueron cogidos también; dos nidos próximos contenían, el uno tres huevos y el otro dos; el primero se reducía á una pequeña depresión practicada en la arena y cubierta de juncos; el segundo se hallaba en unos brezos y estaba tapizado de yerbas secas. En el trascurso de junio se descubrieron algunos nidos mas en los médanos, fabricados todos de la misma manera. El 27 de julio, un cazador obligó á una hembra á dejar su nido, que contenía tres huevos; colocó un lazo, y al volver, al cabo de algunas horas, estaba la hembra cogida, habiéndose apoderado del macho del mismo modo. Entre tanto uno de los hijuelos salió á luz, y un segundo dejó el cascarrón poco después; pero los dos perecieron en el primer día, sin duda por falta de cuidados suficientes. Estas observaciones prueban que los sirraptes son monógamos y que el macho ayuda á la hembra á cubrir.

Inmediatamente después de la llegada de los primeros sirraptes á Alemania pedí indulgencia para estas aves, porque creía probable, ó por lo menos posible, que se aclimataran en nuestros países; pero fué inútil. Todo el mundo se puso en campaña contra los inofensivos huéspedes, valiéndose de la escopeta y la red, de los lazos, y hasta de las simientes envenenadas y persiguiéndolos sin consideración alguna durante toda la temporada. Muchos perecieron también por su propia culpa, como por ejemplo los que al volar chocaron contra los alambres telegráficos, hiriéndose gravemente. De este modo no podía menos de suceder que á los dos años quedasen todos exterminados.

Desde aquella grandiosa emigración los sirraptes no han vuelto á presentarse en Alemania, al menos que yo sepa; pero en cambio han extendido su área de dispersión mas hácia el oeste haciéndose sedentarios en el sudeste de Europa. El naturalista ruso Karelin fué el primero en observar que esta gallinácea había pasado por el Ural; Heuke, coleccionador digno de crédito, observó que desde entonces ha avanzado mas hácia el oeste, aclimatándose no solo en las orillas inferiores del Volga, sino también á orillas del Don, tanto en las estepas como en las inmediaciones de los campos de trigo de las colonias en la Rusia Menor; de modo que actualmente el sirrapte debe considerarse como ave que anida con bastante frecuencia en Europa.

Para completar los informes anteriores daré á conocer á continuación las pocas observaciones que respecto al sirrapte paradójico he podido hacer durante mi viaje á Siberia. Ya desde Semipalatinsk, donde á veces se ve esta ave, había fijado mi atención con la esperanza de encontrarla, pero en todo el noroeste del Turkestan no hallé mas que la ortega. Solo en las solitarias estepas situadas al pié del Altai, allí donde habitan los caballos salvajes, vimos un gran número, aunque solo en parejas ó en pequeñas bandadas compuestas de una ó dos familias. También por su género de vida y su modo de presentarse es difícil desconocer la analogía íntima entre estas aves y los teróclidos. Un observador inexperto podría comparar los sirraptes con el estrepilao ó con la caradria dorada; pero el que ha visto los teróclidos no recordará las citadas aves pantanosas; solo podría pensar en sus congéneres al ver el sirrapte paradójico. Este se parece en extremo á la ortega; tiene también casi la misma voz, pero difiere de ella, no solo por su menor tamaño, sino también por su vuelo recto, y no ondulado, como el de la ortega. Cruza los aires con suma rapidez; produce mucho estrépito al remontarse, dejando oír un zumbido chillón; mueve con uniformidad las alas y avanza casi siempre en línea recta, sin dar vueltas bruscas;

también sabe hacer graciosas evoluciones, las cuales ejecuta siempre antes de posarse. La figura que esta ave presenta durante el vuelo difiere de la de los teróclidos únicamente por la cortedad relativa de las alas. El sirrapte corre en tierra apresurada y rápidamente; mas parece un poco pesado, corto y voluminoso, porque entreabre siempre las alas. En cuanto á la semejanza de su color con el del suelo, debo repetir exactamente lo dicho respecto á los teróclidos. Sin duda permanece aislado en los sitios de la estepa en que el color del suelo se parece al de su plumaje y por eso es muy difícil descubrirle cuando se ha posado y no se mueve. Al correr produce de vez en cuando un ligero sonido, y durante el vuelo emite continuamente un grito sonoro. Todas las parejas ó grupos que vimos manifestaron una extremada timidez, pues se remontaban á una distancia de ochenta ó cuando menos sesenta pasos del cazador ó observador.

A consecuencia de la emigración de 1863 obtuviéronse para nuestras jaulas varios sirraptes cogidos en Alemania, lo cual permitió á varios ornitólogos observar minuciosamente el proceder y carácter de estas aves.

Bolle, A. Homeyer y Holtz son los que principalmente nos han dado á conocer la vida de estos cautivos, y mis propias observaciones convienen perfectamente con las de los dos primeros de dichos naturalistas. Holtz refiere que el 17 de octubre de 1863 vió á un sirrapte herido en una pequeña jaula; observóle largo tiempo y notó que se conducía como otras muchas aves. Habiéndole amputado el ala herida, cauterizó la llaga y le puso en una habitación: al cabo de tres días comenzó el ave á correr por todas partes y á comer sin temor alguno; cogía en el suelo los granos de trigo, se posaba en ciertos sitios con preferencia, y pronto se hizo familiar y dócil.

«Al despertarse el sirrapte por la mañana, dirigiase al sitio donde estaba su alimento, y comía con avidez; luego trotaba por la habitación picoteando el suelo, los ruedos y tapices, y limpiaba cuidadosamente su plumaje, pasando su pico por las plumas de las alas y de la cola; batía las alas para sacudir las plumas desprendidas, perdiendo con frecuencia el equilibrio por la circunstancia de desprenderse parte del ala.

»Cuando los rayos del sol penetraban en la habitación, el sirrapte se colocaba de modo que pudiera recibir su calor, arrojándose á la pared frente á la ventana, para mejor calentarse. Con frecuencia le daba el capricho de comer; entonces corría rápidamente hácia su comedero, tomaba algunos granos, dirigiase luego al vaso que contenía el agua, sumergía el pico, apurando dos ó tres tragos, y volvía después á tomar el sol. Es bastante singular que esta ave no bebiera hasta doce días después de ser herida, á pesar de que diariamente se colocaba un vaso con agua limpia junto al comedero. Los autores aseguran, sin embargo, que en las estepas van estas aves á beber con regularidad á las corrientes.»

Holtz describe perfectamente el modo de andar de estas aves que compara muy oportunamente con el de una muñeca mecánica: hace bastante ruido cuando camina por el suelo, lo cual no se nota en el individuo libre al pisar la arena. Cuando no llegaba el sol á la habitación, buscaba una puerta bajo la cual pasara una corriente de aire fresco, y Holtz dedujo, con razón, que no le gustaba el calor del cuarto. «Mi señora, continúa este, se divierte á menudo con el ave: al acercarse á ella, la mira con rabia; lanza el grito *guck*, que repite algunas veces; si se aproxima mas, grita con mayor fuerza, lanzando el sonido *gurr*, que va subiendo siempre, de pronto le picotea las manos y extiende las plumas de su cola como un palomo que hace la rueda.» Las noticias de Bolle y Homeyer sobre los sirraptes cautivos demuestran la experiencia de estos observadores.

«Por su aspecto general, dice Bolle, esta ave se asemeja á la paloma; pero es mas baja de patas que todas las conocidas hasta aquí. Su pequeña cabeza, sostenida por su cuello corto, y que descansa sobre un tronco de bastante volumen, ofrece cierta analogía con la de la calandria, aumentando su semejanza el tinte leonado del plumaje. En una palabra, esta ave parece establecer el tránsito entre la calandria y la paloma: el tronco es ancho y aplanado inferiormente; el sirrapte lleva las puntas de las alas levantadas y la cola horizontal; trotta, pero no con mucha ligereza, y al mismo tiempo contonea un poco el cuerpo, de tal modo que apenas se ven las patas. Su voz, que se oye pocas veces, es débil, y se compone de dos gritos, uno de llamada y otro de respuesta; el primero es bajo, bastante armonioso, y se puede anotar por *geluk geluk*; el otro es alto y se expresa por *kuirr kuirr*: ambos lanzados sin gran fuerza; parece que el macho y la hembra gritan lo mismo.»

Homeyer tuvo ocasión de observar mas tiempo estas aves cautivas, y en su descripción hay todavía mayor exactitud. «El sirrapte, dice, no se asemeja en manera alguna á las palomas: reconócese en él desde luego el tipo de las gangas. Anda y se mueve como la ortega, solo que, como sus patas son mas pequeñas y están conformadas de otro modo, da pasitos mas pequeños y parece mas bien rastrear que andar.» Debo añadir por mi parte, que esta marcha singular consiste sobre todo en la oblicuidad de los tarsos. El sirrapte es un verdadero plantigrado: su vientre no se eleva á dos centímetros del suelo, mientras que el de la ganga es tres veces mas alto. «Toda la cara inferior del cuerpo, continúa Homeyer, forma una línea casi recta cuando el ave come, sobre la cual se inclina el lomo; la parte mas elevada corresponde, no al centro del cuerpo, sino á las espaldillas, á lo cual se debe que la parte posterior del ave parezca mas prolongada. El sirrapte lleva las alas de diversos modos: las rémiges están siempre situadas una detrás de otra, como las varillas de un abanico á medio cerrar; se cubren y se encajan; el ala se adelgaza en forma de sable; unas veces descansa sobre la cola, sobre todo cuando el animal se agita, al paso que otras se oculta la punta bajo las sub-caudales, ó bien está debajo de la cola, en la misma línea que las rectrices medias: lo mas general es que se dirija hácia arriba. Cuando descansa, el sirrapte se recoge formando como una bola, en cuyo momento es cuando mas se asemeja á la calandria; si anda despacio, parece que rastrea; si se apresura, asemejase su marcha á la de una muñeca de resorte, y cuando va muy de prisa vacila su cuerpo. No obstante, repetiré que los movimientos de su cabeza, su costumbre de lanzar arena con el pico, su modo de buscar los alimentos, de escuchar y mirar las cosas que le extrañan, y en una palabra, todos sus movimientos, son de una gallinácea y no de una paloma, asemejándose en este concepto á las gangas.»

Habiendo conservado el derecho de la primera observación á mis queridos amigos, creo me será permitido dar á conocer también las hechas por mí en los sirraptes cautivos. He cuidado entre todos siete individuos, los unos mas, los otros menos tiempo, y he tenido la satisfacción de verlos reproducirse.

Mis sirraptes se han contentado con un alimento muy sencillo; lo mismo en verano que en invierno, permanecieron siempre en su jaula, y rara vez se aprovecharon de la libertad que se les concedió para penetrar en la segunda, que está cubierta de vidrios. Cuando llueve se ponen al abrigo; pero si no ha caído agua en mucho tiempo, permanecen al descubierto una media hora para humedecer su plumaje. Son insensibles al frío; han soportado sin ninguna molestia, al parecer, el muy riguroso invierno de 1863 á 1864, y continuaban

aun corriendo cuando el suelo estaba cubierto de una espesa capa de hielo. Mientras no nevaba permanecían fuera; pero en vez de estar un poco separados unos de otros, como lo hacen durante el invierno, acercábanse y se oprimían entre sí, hasta el punto de no formar sino una masa todos ellos. Echábanse de este modo en diversas posiciones, pero de suerte que no quedara entre ellos el menor hueco, y en tal postura dejaban que la nieve les cubriera hasta el cuello. Sin embargo, durante las nevadas parecía disminuir su actividad: érales preciso deslizar su cuarto anterior como un trineo, y abrían así una senda de la anchura de su pecho, en medio de la cual representaban las pistas dos surcos longitudinales, confundiendo aquellas entre sí.

A principios de junio de 1864, comenzaron á inquietarse los machos y acabaron por trabar peleas: en tal momento tomaban una postura diferente á la de las gangas; levantaban el cuarto anterior, erizaban las plumas del cuello, del pecho y del lomo, y apartando un poco las alas, acometíanse con furia, dándose picotazos con destreza, aunque con poco vigor. Siempre acababa uno por ceder y emprender la fuga; el otro corría entonces triunfante hácia una de las hembras y trotaba á su alrededor. En 6 de junio se encontró un huevo. En 1865, los sirraptes entraron en celo desde el mes de mayo, y la misma hembra depositó sus tres huevos el 14, el 19 y el 21 de mayo. No había formado ninguna especie de nido, ni siquiera escarbó ligeramente el suelo; puso cada uno de aquellos en sitio diferente, aunque recomendé mucho que no tocasen el primero, y que colocaran á su lado el segundo. Esperando que la hembra se decidiría por último á cubrir, los dejé demasiado tiempo en la jaula y al fin me pareció conveniente quitarlos. El 22 de junio comenzó la hembra á poner de nuevo, y aun depositó otros tres huevos, pero tampoco pude ver realizado mi deseo, porque se manifestó tan indiferente como con los otros; procuré hacerlos cubrir, mas no habiéndome sido posible encontrar una buena gallina, el ensayo no dió resultado.

Los huevos del sirrapte varían poco: tienen 0",040 de largo por 0",026 de espesor; son elípticos, casi igualmente redondeados en los dos extremos, de grano fino y poco brillantes; su color, amarillo verdoso, presenta manchas de un gris pardo oscuro, rodeadas de una aureola del mismo tinte mas claro, y están igualmente diseminadas por toda la superficie del huevo. Estas manchas se reúnen á veces en forma de corona hácia una de las extremidades; entre ellas se advierten numerosos rasgos, líneas y puntos.

En el verano de 1866, un macho de ganga se apareó con un sirrapte hembra, haciendo grandes esfuerzos para ganarse su cariño; la hembra permitió que el macho se le acercara, pero no le mostró gran interés; al menos no los hemos visto aparearse efectivamente.

## LOS TETRAÓNIDOS

### —TETRAONIDÆ

**CARACTERES.**—La segunda familia comprende los tetraónidos, ó gallos silvestres, grupo el mas numeroso en especies de todo el órden. Estas aves tienen formas recogidas; cuello corto; cabeza pequeña; el pico por lo regular corto, fuerte y grueso en la base; tarsos bajos, ó cuando mas de mediana altura; alas bastante largas, pero en la mayor parte de las especies muy redondeadas; cola corta, cortada regularmente en rectángulo, y solo alguna vez redondeada, puntiaguda ó sesgada. El plumaje es abundante, y solo deja libres algunos pequeños espacios; cubre toda su cabeza y se extiende en algunas especies hasta los dedos; pero ya se observan